

TOM CLANCY'S

# THE DIVISION BROKEN DAWN




ALEX IRVINE

minotauro games

 TOM CLANCY'S

THE DIVISION  
BROKEN  
DAWN



ALEX IRVINE

minotauro games

Título original: *The Division. Broken Dawn*

© 2020 Ubisoft Entertainment. Reservados todos los derechos.  
The Division, Ubisoft, Ubi.com y el logo Ubisoft son marcas registradas  
de Ubisoft Entertainment en Estados Unidos y/o en otros países.

Traducción de Isabella Monello (Traducciones Imposibles, S.L.), 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020  
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona

[www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0800-3  
Depósito legal: B. 787-2020  
Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters

Impreso en España  
*Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



## CAPÍTULO 1

### VIOLET

Violet hincó la puntera de la bota en el suelo, justo donde comenzaba la zona inundada. Al otro lado de los más de ciento cincuenta metros de agua, se alzaba el hotel en el que se había hospedado con sus amigos una temporada, justo después de que la epidemia del Dinero Mortal (o la gripe del dólar) empezara a arrasarse con toda la población. Las autoridades lo habían convertido en un campo de refugiados, y todos obedecían a la JTF. Violet no sabía qué significaban las siglas de JTF, pero sus miembros se encargaban de todos los asuntos militares. Además, también les facilitaban comida y medicamentos. En el hotel, las cosas habían ido bastante bien, sin sobresaltos... bueno, después de que todos los que tenían que morir se hubiesen muerto, al menos. Entre ellos, los padres de Violet.

Pero no iba a pensar en ellos en aquel momento.

—Echo de menos estar allí—susurró, con todos sus amigos a su alrededor.

—Ya —respondió Saeed—, yo también.

Noah y Wiley, los gemelos Murtaugh, asintieron. Los otros tres niños del grupo, Shelby, Ivan y Amelia, observaron el edificio sin decir nada. Ivan se apoyó en Amelia, su hermana mayor. A veces,

Violet sentía celos de los niños de su asentamiento que todavía podían disfrutar de la compañía de sus hermanos y de sus padres.

En teoría deberían estar recogiendo hierbas y hojas comestibles pero, en cambio, habían decidido acercarse al hotel en el que ya no podían vivir. Los agentes del gobierno habían trasladado a los niños en cuanto se propagó el virus. Cuando hubo pasado lo peor, Violet y los demás niños les habían ayudado a cultivar un huerto en el patio del hotel. Pero, en aquel momento, todas las semillas estaban sumergidas en el agua que lo había inundado todo.

Aun así, acercarse al hotel y sentir lástima por sus vidas en grupo tenía que ser mejor que estar dando vueltas por ahí, en busca de hojas comestibles entre las malas hierbas del parque National Mall, que era justo lo que tendrían que estar haciendo. Su misión era recoger semillas para cultivar los huertos que crecían en el castillo. A lo mejor podían buscarlas en otro parque, alejarse de allí. Al parecer, había un montón de museos viejos llenos de personas malas. Seguro que los habitantes del Castillo lo entenderían.

Pero Violet seguía nerviosa. Por lo general, siempre cumplía las normas, porque había visto cosas muy feas cuando la enfermedad del Dinero Mortal se había extendido por todo Washington D.C. Y no era la única. Los siete niños de su grupo, que tenían entre siete y nueve años, habían perdido al menos a uno de sus padres. Sin contar a hermanos y amigos. Esa era una de las razones que los había unido. Y, además, era la razón por la que el resto de personas con las que convivían los englobaba en el mismo grupo, el de «Los niños a los que hay que cuidar»... Lo cual era irritante, pero agradable al mismo tiempo. La mayoría del resto de los niños del asentamiento los evitaba, como si ser huérfano fuese una enfermedad que pudiesen pillar.

Hasta la inundación, habían convivido con otras cien personas más en las primeras plantas del hotel Mandarín Oriental. El exterior del edificio estaba protegido y fortificado, y los soldados de la JTF se pasaban a menudo por allí para comprobar que todo iba bien. Obtenían agua de los barriles donde almacenaban la lluvia. Comparado con otros lugares, vivir allí era bastante seguro. O, al menos, eso parecía, tal y como parecía que la situación en Washington mejoraba



un poco pasado el invierno. Pero quizá solo lo pareciese porque era mucho más fácil sentirse bien cuando las flores empezaban a florecer y el color verde se adueñaba del paisaje.

Entonces, a principios de abril, el río se desbordó y tuvieron que dejar su hogar.

Se trasladaron al viejo Castillo Smithsonian. El lugar estaba atestado de gente, porque un montón de habitantes del hotel se habían mudado allí tras la inundación. En cambio, había otros que se habían marchado al otro lado del National Mall, y un par de grupos habían decidido marcharse hacia el este, con la esperanza de que las cosas fuesen más estables cerca de la base militar. Violet no conseguía recordar cómo se llamaba.

—Saeed —dijo—. ¿Cómo se llama la base del ejército que está al otro lado del río? Pero no el río Potomac, el otro.

—Es la base Anacostia-Bolling —respondió el chico. Saeed sabía un montón de cosas como esa. También sabía el significado de las siglas JTF y podía explicar cómo se formó la JTF después de que muchos de los miembros de las unidades militares y de los servicios de emergencia fallecieran y, entonces, los supervivientes se reorganizasen bajo un nuevo nombre. Además, también sabía que la gripe del dólar no era más que una viruela que se había creado en Nueva York. A Violet le gustaba tener a su amigo cerca. Era como navegar por Internet, aunque ya no hubiese Internet por el que navegar.

Violet se preguntaba si sería verdad que era más seguro vivir al otro lado del río Anacostia. Pero sabía que el problema era que, en el camino hacia allí, se toparía con personas malas. Toda la zona que rodeaba el Capitolio era territorio prohibido para los niños. Todos los adultos del asentamiento estaban de acuerdo. Había sido así desde antes de las inundaciones y, tras ellas, todas las mañanas alguien se encargaba de recordárselo. Como si no hubiesen sobrevivido a una superepidemia y a todo lo que había ocurrido después. Los adultos no entendían que los niños podían apañárselas para sobrevivir tan bien como ellos.

Pero les dejaban corretear en grupo, por donde quisieran, pero con ciertos límites. Aquel día, los niños estaban excediendo ese

límite. En vez de recoger hojas comestibles por los alrededores del National Mall, habían ido en dirección contraria. Hacia el sur, por la calle 7 hasta Hancock Park, donde las vías del metro dejaban su hogar subterráneo y salían a la superficie. Siguieron el camino de las vías hasta que se sumergieron de nuevo en el subsuelo y, después, desaparecían justo en el límite de la zona inundada. Varios edificios de oficinas vacíos se arremolinaban a su alrededor. Al sur, junto a la orilla natural del río, unos altísimos bloques de pisos emergían de las aguas. El río se agitaba a su alrededor, con el agua un poco turbia y pequeñas olas de espuma que parecían hechas de escarcha. Violet se subió el cuello del jersey y se movió un poco para darle la espalda al viento; hacía más frío junto al río.

—¿Cuánto tiempo más va a estar todo lleno de agua? —preguntó Shelby, la más joven del grupo.

—El nivel del agua no ha dejado de crecer —contestó Amelia—. La última vez que vinimos, pudimos acercarnos más al hotel.

Violet estaba de acuerdo con ella. ¿Cuánto más iba a crecer el río? Sabía que el Castillo estaba en una zona elevada, pero no tan elevada. ¿Tendrían que volver a mudarse?

—Deberíamos irnos —dijeron Wiley y Noah a la vez. No eran gemelos idénticos, pero se parecían mucho. Además, hacían un montón de cosas raras que solo los gemelos idénticos hacían, como tener la misma idea al mismo tiempo.

—Si, supongo que sí —respondió Amelia—, pero en verdad tendríamos que recoger algunas hojas antes de regresar al Castillo.

Los adultos no prestaban demasiada atención a lo que hacían, pero sí que esperaban que Violet y sus amigos siguiesen las órdenes que les habían dado.

—Pues sí —añadió Violet—. ¿Y si nos pasamos por la parte del parque que está cerca del Monumento a Lincoln?

—Está bastante lejos —dijo Ivan y Shelby le dio la razón.

Al final, entre todos decidieron ir a otro parque, el Constitution Gardens, a medio camino entre el Monumento a Washington y el Monumento a Lincoln. Pero, antes, tuvieron que rodear toda la zona inundada hasta llegar a la avenida Independencia. Cruzaron

la enorme y vacía avenida hacia el National Mall y se quedaron allí, siempre bien alertas por si aparecía algún grupo de desconocidos. Diciembre y enero habían sido unos meses muy duros; en cambio, febrero y marzo habían ido bastante bien, y abril, por el momento, ni bien ni mal. No había un montón de cadáveres por las calles ni se oía el sonido de los disparos a todas horas, como había ocurrido en invierno. Pero no reinaba la misma tranquilidad que durante el mes de marzo, cuando los adultos, en el hotel, empezaron a pensar que a lo mejor el gobierno había resistido la pandemia y todo acabaría bien.

Violet no sabía quién era el presidente. Corrían rumores de que el presidente Méndez había muerto pero, entonces, ¿no tenían que elegir a otro? A lo mejor ya lo habían hecho y nadie se había enterado. Ya no tenían móviles, ni Internet. Violet y los demás niños solo se enteraban de lo que conseguían escuchar a hurtadillas, mientras los adultos hablaban.

—Violet, ¿vienes o qué? —preguntó Saeed, mirándola. El resto del grupo ya los había dejado atrás, y estaban pasando cerca de la zona sur del National Mall.

La niña apretó el paso para alcanzarlos. En aquel parque, Violet se sentía rara. Todo era un museo. Y ya no solo los museos. Todo. Las cabinas de información para turistas, los lavabos del parque... todo parecía formar parte de un mundo totalmente diferente al suyo. Violet solo tenía once años, pero podía reconocer esa sensación, como si hubiese pasado algo tan grande e importante que el mundo que quedaba después de eso siempre sería diferente del que ella recordaba.

Ivan vigilaba todo el parque; siempre era el guardia, alerta por si aparecía alguien que podía suponer una amenaza para su grupo. Un terapeuta les había dicho que era algo habitual en muchos niños que habían vivido una situación traumática. Era algo llamado hipervigilancia. A veces, se hacía un poco difícil estar cerca de Ivan, pero también les era muy útil. Todavía quedaba mucha gente mala en Washington. El gobierno se había marchado, el ejército se había marchado, la policía también... Las inundaciones habían sido un



duro golpe para todos. Cuando empezaban a asentarse y a adaptarse a su nueva realidad, de pronto tenían que marcharse de nuevo.

Todo el mundo debía tener mucho cuidado. Los agentes de The Division no podían encargarse de todo.

Cuando alcanzó a los demás, Saeed ya no la estaba mirando a ella.

—Ya lo sé —dijo la niña, cuando la mirada del chico se cruzó con la suya—. Quieres ir al Museo Nacional del Aire y el Espacio.

—¡Sí! —dijo, asintiendo. Saeed quería ser astronauta. Violet recordó que había visitado aquel museo un par de años antes, en una excursión cuando estaba en cuarto curso, pero no se acordaba de las naves espaciales. No es que le fuese mucho el tema del espacio. Le gustaba más la biología. Quería ser veterinaria. O poetisa.

Pero sí que recordaba ver la cápsula del Apolo XI en el enorme vestíbulo del museo, con un montón de aviones colgados a su alrededor. La niña se preguntó si todavía estaría allí. El Museo Nacional del Aire y el Espacio era zona prohibida. En teoría, allí vivía gente mala.

—¿Qué te pasa, Vi? —le preguntó Ivan, hincándole el dedo en el brazo—. Pareces triste.

Al pensar en los museos, Violet había pensado en las cosas viejas, y cómo las personas las guardaban en los museos para que nadie se olvidase de ellas. En aquel momento, una de las cosas viejas que recordaba la gente era cómo eran las cosas antes de la epidemia. Las excursiones, las salidas con los padres durante el fin de semana, todas las cosas cotidianas que la gente hacía.

Violet no iba a llorar delante de Ivan.

—Venga —respondió—, vamos a buscar algo que podamos comer.